



TEXTO Y FOTOS



Josetxu Risueño Serrano
(Bilbao, 13-XI-1970)

Aficionado a la montaña y sus historias. Miembro desde 2013 de Itxas Argia Mendi Taldea, de Getxo. Disfruta buscando rutas, preparando la mochila y reuniendo amigos para descubrir nuevas cimas. La mayoría de sus ascensiones las ha realizado en Euskadi y comunidades limítrofes, pero las que más valora son las logradas en Pirineos: Vignemale, Aneto o Monte Perdido. Su divisa: *ez nekeak!*

PIES FRÍOS EN LA MOSKOWA (SUEÑO DE INVIERNO)

Una tarde cualquiera de febrero. Lluve fuera y noto que me voy quedando dormido en el sofá. Entre cabezada y cabezada se cuelan dos imágenes. Una procede de las redes sociales, de un amigo remontando el corredor de la Moskowa; la otra es una lámina que representa a Lady Lister ascendiendo el Vignemale con un pesado vestido de época.

JOSEPH NEY, PRÍNCIPE DE LA MOSKOWA (1803 – 1857)

Estamos a principios de junio. Mi compañero Joserra y yo nos disponemos a cruzar el puente románico de San Nicolás

de Bujaruelo. En la espalda, una mochila pesada y frente a nosotros, tres días para completar un recorrido que nos llevará por lugares con tanta historia como belleza. Tomamos el GR 11 y, a buen paso, caminamos aguas arriba por la margen

izquierda del río Ara observando sus brincos. Poco antes de llegar a la cabaña de Ordiso, un guarda nos recomienda prudencia por la cantidad de nieve caída este año. Además, nos sugiere el recorrido alternativo que discurre por Oulettes

ANNE LISTER O GENTLEMAN JACK (1791 – 1840)

Cinco minutos antes de que suenen las alarmas de los móviles ya estamos en pie. Como no ha sido la peor noche de nuestras vidas la damos por buena. La primera luz de la mañana nos recibe al otro lado de la puerta trasmitiéndonos un poco de calor. Entre tanto, vamos desayunando y vistiéndonos para la faena.

Abandonamos el refugio cruzando los pequeños arroyos que la climatología de este año ha multiplicado. Los primeros minutos son los únicos desprovistos de desnivel. Cuando el camino gira a la derecha, por el barranco de Labaza, comienzan el sudor y la pendiente.

Después de girar a la derecha y atravesar unas losas de piedra, encaramos el circo y enfrentamos la marmolera del Montserrat. Toca recuperar fuerzas con un pequeño tentempié y liberar los crampones de sus fundas. La sensación que nos produce la nieve es buena: ni muy dura, ni muy blanda. A pesar de ello, descubro algo que ya sospechaba: mis botas han dejado de ser impermeables y la humedad que comienza a extenderse por mis pies ya no me abandonará hasta el final de este relato.

Desde el collado de Lady Lister

de Gaube. Sin duda no es consciente del empeño depositado en esta vía.

Tras la cabaña, la senda se estrecha y endurece. Pasado un rato, empezamos a hacer cábalas sobre cuándo aparecerá nuestro alojamiento de esta noche: la cabaña de Cerbillonar (1800 m)

La construcción entra en escena al pie de una ladera que apunta en dirección del circo de Labaza, de ahí que también sea conocida con ese nombre. Han sido diez kilómetros en menos de tres horas sin otra dificultad técnica que el pensamiento de las dificultades a las que nos enfrentaremos mañana. La cabaña, oculta en el valle y a salvo de desprendimientos, sirve de referencia para desviarse hacia Panticosa o continuar hacia el macizo del Vignemale. A unos diez o quince metros hay una baliza de colores destinada a calcular el espesor de la nieve.

Inspeccionamos nuestro *resort*. La noción de comodidad no cabe en las paredes

de este refugio. A cambio, disponemos de un paisaje único y del cosquilleo que produce estar viviendo una primera noche de aventura. La naturaleza, en un estado casi puro, nos envuelve, pero es incapaz de ahuyentar por completo la pequeña inquietud que generan los desafíos que miden tanto el deseo como el valor o la resistencia.

Cenamos algo y, de paso, aligeramos un poco la carga. Preparamos las mochilas y, después de mirar con aprensión el duro suelo, nos metemos en los sacos no sin antes cerrar la puerta... utilizando un viejo tenedor de aluminio.

Mañana nos espera el corredor bautizado con el nombre de Joseph Ney, príncipe de la Moskowa. Para él debió representar un premio de consolación porque no pudo atribuirse la primera ascensión de una ruta que acababa de ser abierta con apenas unos días de diferencia. Corría el año 1838.

Cabaña de Cerbillonar





Contemplando la Moskowa

Un guarda nos recomienda prudencia por la cantidad de nieve caída este año

A la izquierda se dibuja la diagonal del corredor de la Moskowa. Joserra observa que, a mitad de la pendiente de 45 o 50 grados, la nieve está removida como si estuviera recién caída o se hubiese producido un alud. Habrá que comprobarla in situ, cuando lleguemos. Las piernas se hundían y extraer las botas constituye un esfuerzo extra. En ocasiones, caminamos diez pasos y nos vemos forzados a parar y descansar.

Concentrándonos en cada paso, clavando bien las puntas delanteras, alcan-

zamos la última chimenea. Una de sus bifurcaciones está libre de nieve, la otra no. Probamos la segunda, a la izquierda, pero la pisada no asienta, así que probamos con la roca (grado II+/III) que negociamos con tiempo y calma dado el volumen y el peso de la mochila que cargamos a la espalda.

Cuando llegamos arriba, al pie del contrafuerte del Cerbillona, se nos presentan los valles de la otra vertiente, hasta entonces escondidos. La sensación de alivio dura pocos segundos. La cresta que se perfila hacia la derecha es estrecha, con patio y áreas de nieve. Joserra encabeza la marcha y talla pequeñas muescas con las punteras de las botas para asegurar el paso. Acabado este filo, se inicia la tra-

vesía hacia el collado de Lady Lister. No podemos relajarnos: la inclinación de la ladera no cede y el piso es de roca suelta y descompuesta. Prefiero no mirar mucho hacia abajo mientras en cada parada me ajusto el casco.

Continuamos avanzando con precaución buscando agarres para las manos. Tras un buen rato, comprobamos en el track que la cumbre del Cerbillona está cerca. Un último esfuerzo y coronamos su cima cubierta de nieve (3247 m). Llegar, asomarse al valle de Ossoue, contemplar el glaciar del Vignemale en toda su majestad, tan colmado de nieve que el circo que se extiende a sus pies parece que va a sobarse... es una experiencia única, sobrecogedora, íntima y eterna. Por momentos así dormimos en el suelo, madrugamos o porteamos. Porque están ahí. Nieve, viento y silencio. Como diría nuestra querida Lady Lister: *"días de gloria"*.

Iniciamos el descenso hacia Baysellance. Más que caminar por el glaciar, nos sumergimos en él. Sólo hay un color, el blanco de la nieve infinita. A la izquierda divisamos tres de las cuevas de Russell. Están muy cerca y una cuerda facilita el acceso. Dudamos unos instantes, pero la altura que separa la entrada de las grutas -abiertas con dinamita- del glaciar nos disuade de intentarlo.

El ritmo se ralentiza. Las mochilas pesan lo suyo, pero la nieve está en buen estado y no se aprecian grietas ni hielo en superficie. Los únicos riesgos a los que nos enfrentamos son las botas frías y el cansancio, que va en aumento. Tras perder unos centenares de metros, el glaciar toca a su fin. Un desconocido nos saluda agitando los brazos desde lo alto de un pico, el Pitón Carré o la Espalda de Chausenque, no lo reconocemos.

Al enfilar hacia el refugio empiezan a aparecer las marmotas. Dos de ellas corren y juegan atravesando unas lastras. Tal vez compitan o tal vez estén sumidas en un ritual de apareamiento, quién sabe. Al llegar al refugio de Baysellance, consulto el reloj y no salgo de mi asombro. Cerca de nueve horas para cubrir menos de ocho kilómetros. Lo pienso un poco y acabo por entenderlo: ivenimos del siglo XIX!

Por momentos así dormimos en el suelo, madrugamos o porteamos

Esta noche soñaré con mi querida Anne Lister, a quien, por fin, he podido visitar en su propia casa. Ella ostenta el honor de haber sido la primera en ascender oficialmente al Vignemale siguiendo esta misma ruta en compañía de Henri Cazaux y otros dos guías. Abajo, en el silencio del comedor y frente a la chimenea, las botas ofrecen su humedad victoriosa.

HENRY RUSELL (1834 – 1909)

Son las seis. Con los frontales encendidos para no molestar a los que todavía duermen, abandonamos la habitación. El coro de botas que ha pasado toda la noche en el comedor nos da la bienvenida. Todo sigue empapado. Una vez desayunados, salimos al exterior. Los pies siguen fríos. El camino que nos espera por delante y discurre por Bernatuara carece de difi-

cultades, pero es largo y acumulamos cansancio.

El paisaje, a pesar de ser un viejo conocido, es impresionante. Ante nosotros se alza la brecha de Roland y los pliegues superpuestos del Taillon. Perdemos altura por el *barrage* de Ossoue hasta llegar a la presa que marca los límites del Parque Nacional de los Pirineos y giramos hacia el camino que conduce a la cabaña de Lourdes. Tal como estaba previsto, comienza a llover. Los infinitos arroyos que nos vemos obligados a atravesar forman una singular retícula en la hierba. Mientras, nos vamos despidiendo mentalmente de Henry Russell, el explorador de este macizo a quien tanto debemos quienes amamos estos parajes. ¡Volveremos, señor conde!

VERDES VALLES

La lluvia va cediendo mientras encaramos el valle de Canau, magnífico entre las grandes paredes que lo definen. Aun así, parece faltar algo, un espíritu diferente, un ingrediente que haga que el día de hoy sea tan especial



Cumbre de Cerbillona

como el de ayer. Sin embargo, es mejor renunciar a esa aspiración, lo extraordinario no puede repetirse todos los días.

A medida que ganamos altura nos interrogamos por el paradero del ibón. No hay un acceso claro y los collados que nos rodean parecen muy exigentes. Cuando volvemos la vista al camino que hemos dejado atrás, la visión es enorme, maravillosa, sobrecogedora: el valle que acabamos de

Ascendiendo al collado de Lady Lister





Cresta del Vignemale



Valle de Canau

remontar luce en todo su esplendor. Nos empequeñecemos ante tanta inmensidad.

Una vez superado el collado (2338 m), observamos el ibón de Bernatuara, encajonado entre altas paredes. Está sitiado por la nieve que, con notable pendiente, desciende hacia sus orillas. Está visto que en esta ruta uno nunca puede relajarse. Cruzando la frontera franco-española, alcanzamos los límites del ibón para rodearlo por la derecha. Unas huellas borrosas cerca de la orilla y un pequeño desplome de piedras crean la ilusión de la existencia de un embarcadero de urgencia. Mejor no pensar en la temperatura del agua.

Atravesamos la ladera concentrados, mirando al frente y confiando en el buen estado de la nieve. Caerse no es una opción, así que trato de clavar bien la puntera de unas botas que rebosan humedad. Tras el paso horizontal llega un corto tramo vertical y después de superarlo, divisamos Bujaruelo. Parece un anuncio de caminos de montaña.

Lo extraordinario no puede repetirse todos los días

TANTA GENTE

La panorámica no alcanza el final de este valle aunque si lo suficiente para saber que los muchos metros de desnivel que todavía restan van a poner a prueba la resistencia de nuestros cerebros y articulaciones.

Empezamos a bajar y a cruzarnos con excursionistas que van ligeros de peso. En comparación, parecemos aterrizados de algún singular planeta pirenaico, cubiertos de polvo lunar. Detectamos envidia en sus miradas. Ésta es nuestra tercera jornada de travesía y el casco y los piolets asoman de las mochilas. No obstante, la envidia es mutua porque ellos sí parecen haberse duchado durante los últimos días...

Horas después, superado el barranco de Sandaruelo, el camino por fin se allana a escasos metros del puente románico. Sin perder el tiempo y tal como hemos acordado hace un rato, abandonamos las mochilas, nos desprendemos de la ropa y nos sumergimos, empezando por los pies, en las aguas del Ara, el río junto al que empezó este pequeño viaje en el tiempo y en el espacio.

REFERENCIAS

- Felíu, Marcos (2000): *La conquista del Pirineo*, Sua.
- <https://carnetdeparo.blogspot.com/2019/03/lady-anne-lister-la-primer.html>

TRACKS Y CARTOGRAFÍA

- <https://es.wikiloc.com/rutas-senderismo/cerbillonar-a-baysellance-173351338>



- <https://es.wikiloc.com/rutas-senderismo/bujaruelo-a-baysellance-173362917>